

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Jorge Antonio Muñoz Figueroa

jorgem@cepe.unam.mx

UNAM y SNI

Dos acercamientos a la obra de Jorge López Páez

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 60, abril-junio 2022, pp. 19-22.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

DOS ACERCAMIENTOS

a la obra de Jorge López Páez

Jorge Antonio Muñoz Figueroa

Como seguramente le ocurrió a la mayoría de los estudiantes del “Taller de creación literaria”, de la carrera de Letras Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, me enteré de que el profesor Jorge López Páez, titular de la asignatura, era un escritor. Prolífico escritor, como pude corroborar cuando acudí a la biblioteca. Este descubrimiento se dio en otoño de 1998; meses después, ya estaba decidido a reunir los libros de mi maestro para hacer un primer panorama de su obra. El arranque de mi investigación fue con *El solitario Atlántico* (1958) y *Mi hermano Carlos* (1965); por ello me interesaba conocer de voz del autor algunas reflexiones sobre sus libros. Lo que consideré sencillo resultó complicado, puesto que López Páez era reacio a hablar de su propia obra. Quien fuera un excelente conversador que lo mismo hablaba de literatura inglesa que de cine y además era generoso con los consejos para sus estudiantes, enmudecía y se negaba a hablar de su obra. Peor aún: casi tartamudeaba cuando tenía una grabadora frente a sí.

Sin embargo, el 6 de noviembre de 2000 por fin accedió a que le

Mire, de lo primero recuerdo que cuando era niño a cada rato oía uno las campanadas de muerto. Eso me impactó mucho. Había una violencia terrible y eso está reflejado en *Los cerros azules* (1993), que también está ambientada en mi pueblo. Sobre todo un hecho que ocurrió en aquellos años: mataron a un padre que se llamaba Camo, eso es historia.

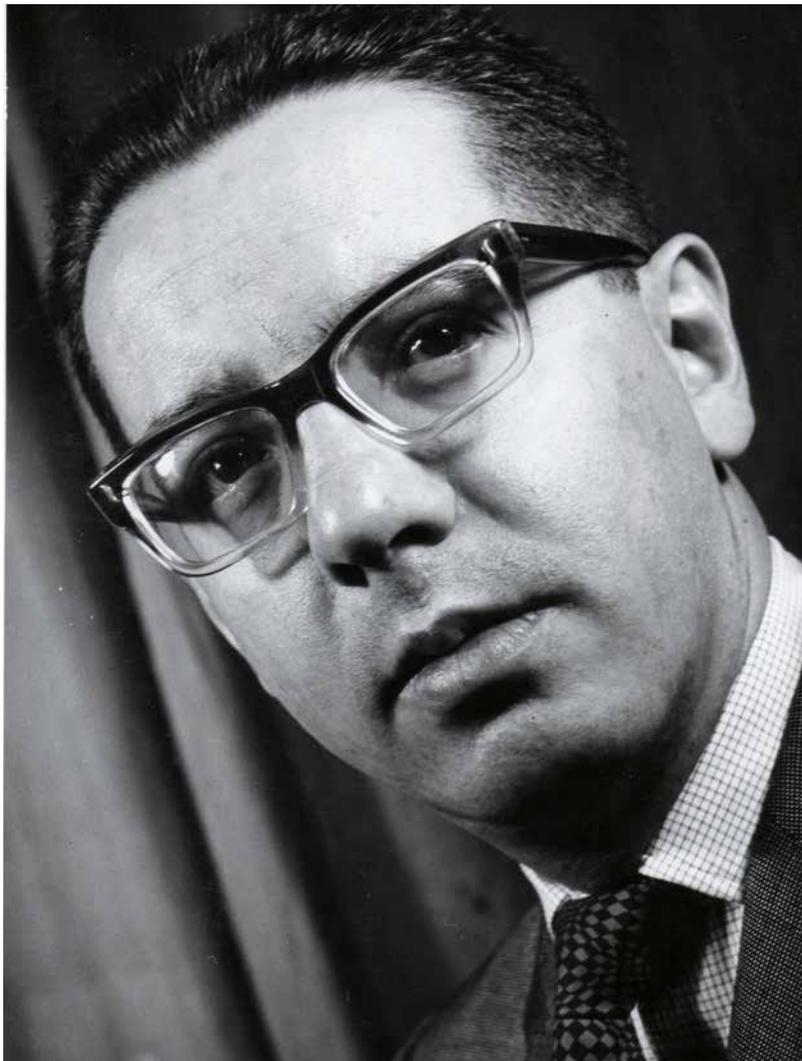
realizara algunas preguntas, siempre y cuando ocultara la grabadora con la que me auxiliaría. Antes de comenzar, me lanzó una advertencia emanada de su particular sentido del humor: “Usted puede hacer todas las preguntas que quiera. Ya veré yo si se las contesto”.

Valga una aclaración previa. Dado mi paso por su taller, en la mayor parte del interrogatorio utilicé las preguntas que López Páez nos realizaba a quienes presentábamos nuestros escritos en su clase. A veces para destrabar al nervioso autor, a veces para atizar el tiroteo entre los compañeros, el maestro indagaba sobre el origen de nuestros textos para que resultara fructífera la discusión y, sobre todo, para que fuera más evidente el proceso creativo que había dado

como resultado del texto que compartíamos. Así, quise informarme sobre las narraciones que representan la infancia, tema al que López Páez consagró muchas de sus mejores páginas y sobre el cual he investigado desde entonces.

JORGE ANTONIO MUÑOZ FIGUEROA: ¿Qué textos publicó antes de *El solitario Atlántico*?

JORGE LÓPEZ PÁEZ: Había publicado primero un cuentecito, que no está recogido en ningún lado, que se llama “El que espera” (1950); era una hojita que pasábamos ahí con unos amigos, que hacíamos una edición que se llamaba Los Presentes. Luego publiqué una obrita de teatro, *La última visita* (1951), y después me invitó



Archivo personal de Jorge López Páez, reproducido con autorización de Víctor Balvanera

Juan José Arreola y publiqué un librito de cuentos que se llama *Los mástiles* (1955). Fue, como dicen, *five-fingers exercises*. ¿Sabe lo que es eso? Antes de que se ponga a tocar algo en piano, ya una pieza, hay ejercicios para los cinco dedos y yo creo eso me sirvió como si fuera un ejercicio. Entonces se me ocurrió la idea de la novela. Es todo lo que le puedo decir. Son esas ganas de escribir: nadie le va a decir cómo y por qué lo hizo, se pone usted y lo escribe.

JAMF: ¿Para esta novela hizo algún tipo de investigación? ¿Contempló temas, situaciones o personajes?

JLP: No. Nada más se me ocurrió.

JAMF: ¿Desarrolló un esquema previo?

JLP: Primero hice una estructura de la novela, los capítulos. No tenían nombre los capítulos; el nombre se lo puso Alí Chumacero con la primera frase de cada uno de ellos. Y eso fue. Los fui haciendo uno por uno, uno detrás de otro; no me acuerdo cuánto tiempo tardé en hacerla.

JAMF: En muchas ocasiones se les pregunta a los autores si el relato es autobiográfico. ¿Es el caso de su primera novela?

JLP: Mire, no le podría decir

si es autobiográfica o no la novela, pero se supone que ocurre en mi pueblo, donde nací, donde viví hasta un poquito antes de los 14 años.

JAMF: ¿Cómo surgieron los personajes de la novela; tenía una idea previa de ellos?

JLP: Hay algunos que se imponen y hay veces que la trama le presenta a uno nuevos personajes, pero sí, en general, ya había pensado en los personajes, prácticamente ya los tenía delineados.

JAMF: Si bien el protagonista (Andrés) y el autor no comparten identidad, la historia está ubicada en Huatusco, Veracruz, ¿podemos entonces hallar vivencias de usted en *El solitario Atlántico*?

JLP: Sí hay, sí hay mucho de autobiográfico.

JAMF: ¿Qué sucesos de Huatusco o experiencias de Jorge López Páez se representan en el texto?

JLP: Mire, de lo primero recuerdo que cuando era niño a cada rato oía uno las campanadas de muerto. Eso me impactó mucho. Había una violencia terrible y eso está reflejado en *Los cerros azules* (1993), que también está ambientada en mi pueblo. Sobre todo un hecho que ocurrió en aquellos años: mataron a un padre que se llamaba Camo, eso es historia. Hubo una matanza espantosa a los pobres del sindicato; después de escuchar las campanas de muerto, al otro día, cuando era uno más chico le decían: “¡No te asomes!” Llevaban camillas con los heridos y a veces no era solo un día. Uno no salía, nos teníamos que proteger. No íbamos a la escuela.

JAMF: Esa violencia queda registrada cuando matan al novio de Clara, amiga del protagonista, y tiene como efecto que este se aísla más de su familia y amistades. ¿Y de lo segundo, de sus vivencias?

JLP: Fui un niño que sufrió mucho la soledad, mucho, mucho.

Enfermo, a cada rato con asma, encerrado en la casa, porque yo no podía salir a jugar con esa humedad o con la lluvia. Me privaba de jugar con los barcos de papel en la corriente de agua. Me la pasaba viendo a los otros niños detrás de los visillos porque me enfermaba yo con cualquier cosa. De la escuela me iban a traer con paraguas para que no me pasara algo. Las friegas que le daba yo a mi familia por andarme cuidando.

JAMF: Andrés tiene parecido con protagonistas de otras obras, sobre todo con el de *La costa* (1980). ¿Pensó usted en una especie de continuidad entre los personajes de ambas novelas?

JLP: Para nada. Como ve, el personaje ya es más grande, ya es adolescente. No tuve ninguna intención de que fueran partes de una novela más grande. Es también en Veracruz; esto ocurre ya más en la costa.

JAMF: Algunos autores revisan sus textos y los corrigen, a veces les aumentan algo. ¿Usted ha vuelto con esa intención a *El solitario Atlántico*?

JLP: No. Lo publiqué y hasta ahí. Siempre cree uno que las cosas pueden salir mejor, pero no lo he vuelto a leer.

JAMF: Es su obra más conocida. ¿Qué lugar ocupa, para usted, dentro de su narrativa?

JLP: Si le pregunta usted a una madre o a un padre no le van a decir estas cosas. Mucha gente por eso me conoce, les gustó el libro y por eso han seguido leyéndome. Varios críticos lo han comentado; por ejemplo, José Agustín lo menciona en su *Tragedia mexicana*.

JAMF: En el caso de *Mi hermano Carlos*, ¿cómo surgió la idea para este relato?

JLP: Me pregunta después de cuántos años que ya no me acuerdo. A veces (puede ser una clave, puede ser, fíjese cómo se lo digo)

he visto una situación, entonces, ¿cómo llegaron los personajes a esa situación? Es así como ha sido, en algunos casos, como he hecho una novela: a partir de una situación.

JAMF: ¿Cuál fue la situación en este caso? ¿También tuvo un esquema?

JLP: No recuerdo cómo concebí el esquema; necesito leer la novela. Ahora que lo pienso, algo me ha de haber llamado la atención... Recuerdo que fui a un lugar que se llama Taxquillo, un balneario en el estado de Hidalgo; entonces, algo me impresionó ahí: oí una anécdota de unos hermanos, o una cosa así, y por eso la escribí. De una madre que se casa o se va a casar y lo que pasa con los muchachos... por ahí creo que me vino la idea de la novela.

JAMF: Este texto tiene una estrategia narrativa distinta a otros que tratan la infancia.

JLP: Si mal no recuerdo, en *Mi hermano Carlos* hay cambios de tiempo; no es una novela lineal: están intercaladas dos partes, como si fuera un contrapunto y están hasta señaladas con bastardillas.

JAMF: Esa diferencia entre tiempos y espacios muestra momentos donde el protagonista es feliz y otros donde padece su presente. ¿Pensó usted en otros significados más al alternar los tiempos?

JLP: No tiene otro propósito, no tiene ni propósito moral. Hay situaciones que me han impresionado, o las he visto o las he oído, y entonces escribo el cuento o la novela.

JAMF: ¿Qué reto le implicó presentar los conflictos de los hermanos; hubo planeación previa o fue más dinámica la escritura?

JLP: Los fui diseñando en el camino. Ahí la cosa es cómo van a ser los hermanos, los que están sufriendo aquello. Los personajes

van cambiando y eso depende de cada novela: algunos experimentan un cambio total, otros los he ido haciendo sobre la marcha y otros se quedan tal cual los pensé inicialmente. Ahora, debo decirle una cosa: yo no creo mucho en los autores. Que el autor dijo que quería tal y tal cosa... creo que lo único que vale es el texto: lo que diga el texto es lo que vale. El autor, ¿qué puede hacer ya con el texto publicado?

JAMF: En esta novela, ¿encontramos elementos autobiográficos?

JLP: No. Ahí el ambiente es totalmente diferente; hay una parte en Texas. Es totalmente inventada.

JAMF: Como con sus demás obras, ¿no ha vuelto a *Mi hermano Carlos*?

JLP: No. Lo tengo más o menos presente porque hicieron una segunda edición y lo presentó Rafael Pérez Gay en una librería. Me gustó el texto que leyó Rafael en esa ocasión.

JAMF: Encuentro rasgos compartidos entre los protagonistas infantiles de sus obras. Por supuesto, la soledad es el más evidente. Incluso, existen sentimientos que también invaden a otros personajes, pero están incomunicados...

JLP: Ahí comparten la angustia los dos hermanos, pero cada uno lo resuelve a su modo.

JAMF: Así es. Lo menciono porque existen otros sentimientos que los atormentan por separado. Por ejemplo, ¿qué tan importante es la culpa en sus personajes infantiles?

JLP: Si está ahí, es que lo sentían, había la culpa. Es una carga para ellos.

Aún quedaban algunas preguntas, pero López Páez decidió que era momento de beber algo, oportuna manera de cerrar el interrogatorio. Ante la posibilidad de otra entrevista, remató: "Mire,

usted diga lo que crea conveniente sobre mis textos. Lo que yo quería decir, ya lo dije. Ahora le toca a usted decir lo que quiera”.



Claudio Guillén consignó que las “...reiteraciones no suelen ser estáticas. Quien cita y repite, valora lo repetido, no calcando sino recalando; y tal vez manifiesta, con tenacidad que llega a ser emotiva, una voluntad de continuidad” (2005, 256). Sirvan estas palabras para aquilatar la prolífica reformulación de la infancia por parte de López Páez, quien publicó una veintena de títulos entre 1950 y 2012, de los cuales seis novelas y aproximadamente veinte relatos tienen infantes como figuras centrales. El primer conjunto de textos donde Jorge López Páez privilegia la representación de la infancia se compone de *Los mástiles* (1955), *El solitario Atlántico* (1958), *Mi hermano Carlos* (1965) y *La costa* (1980). En estas obras dominan las voces y las vivencias de los niños protagonistas; el lector acompaña a los infantes en su descubrimiento del mundo, lo mismo en sus juegos que en sus decepciones. Esta prosa engañosamente sencilla tiene como andamiaje una técnica narrativa que aparece por primera vez en el relato “El chupamirto” y se depura en las novelas ya citadas: un narrador adulto que filtra a través de la mente del personaje infantil los recuerdos de las convenciones sociales y familiares que marcaron su cotidianidad. Ese tamiz deja pasar muy pocas impresiones del adulto sobre los pasajes de la niñez, de ahí que algunas personas que se acercan a estos textos

declaren que es un niño quien relata las historias. Podemos caracterizar esta etapa por su marcado interés en privilegiar la recreación de la experiencia mediante las restricciones impuestas al narrador, lo cual está acorde con las limitaciones propias de la mente infantil del personaje principal.

En contraste con los textos previos, las narraciones que López Páez publicará hasta el final de su carrera cambian ligeramente su estrategia. El artificio de “acompañar y escuchar” a un niño queda en segundo plano ante el ejercicio de memoria del adulto, quien a veces “cede” el protagonismo a una figura atractiva para el “yo narrado”, dando más peso a la modalidad de narrador testigo. Continuidad y cambio entre ambas etapas: motivos que persisten y estrategia narrativa que muta. Por ello, esta segunda etapa apuesta por las modificaciones en la enunciación, así como por la incorporación de motivos que reflejan algunos cambios que experimenta la sociedad representada por López Páez. Esto lo vemos plasmado en cuentos de *Doña Herlinda y su hijo y otros hijos* (1993), *Lolita toca ese vals* (1994), *De Jalisco las tapatías* (1999), *El nuevo embajador y otros cuentos* (2004), así como en algunos que aparecen en las antologías publicadas por la UNAM en 2000 y 2002, y por el Fondo de Cultura Económica en 2012; igualmente, tales rasgos se observan en las novelas *Donde duermen las güilotas* (2000), *Mi padre el General* (2004) y *¡A huevo, Kuala Lumpur!* (2012).

Lo anterior le permitió a Jorge López Páez destacar entre los

autores que cambiaron el paradigma de la representación infantil en la década de 1950 –aquel que proclamaba la dorada niñez– por otro que nos mostró el lado amargo de la infancia. Con el tiempo, López Páez consolidó en su obra la más constante y versátil reelaboración del tema y los motivos, mismos que se adaptaron a los tiempos y a las circunstancias contemporáneas en la medida de lo posible. En sus relatos, asistimos a un desfile de figuras solitarias, avergonzadas, enfermizas y temerosas. Afortunadamente, los menores no sufren todo el tiempo en las historias del escritor huasteco, pues gracias a juegos y exploraciones en espacios familiares o desconocidos, por ejemplo, disfrutaban y se divierten, aunque quizá por eso sea más evidente el contraste cuando son acorralados por las circunstancias desfavorables y comprenden que no pueden escapar de “el círculo maldito de mi edad”, como lo declaró el protagonista de *El solitario Atlántico*. Definitivamente, no todo tiempo pasado fue mejor. **LPyH**

REFERENCIA

Guillén, Claudio. 2005. *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Tusquets.

Jorge Antonio Muñoz Figueroa es profesor del Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM. Miembro del SNI. Sus líneas de investigación: Generación de Medio Siglo, representaciones de la infancia en la narrativa mexicana y la obra de Jorge López Páez.